

ct

La lengua

de
Raquel Pulido

(fragmento)

La escena muestra el salón con cocina americana de un apartamento. BÁRBARA, una mujer mulata de unos treinta y cinco años entra en la que parece su casa. Viste de forma sobria y elegante, con falda y chaqueta. Lleva un maletín con ruedas que deja en un rincón. Se quita los zapatos de tacón y entra apresuradamente a lo que entendemos que es el baño. Al salir sólo lleva puestos el blúmer y la blusa. En las manos sostiene unas prendas que deja sobre el sofá. Camina hacia la cocina y bebe un poco de agua mineral directamente de una botella. Luego se levanta la blusa y se mira la barriga, encogiéndola hacia dentro mientras aguanta la respiración. Vuelve a aflojar la barriga y se la pellizca, con cara de irritación.

BÁRBARA

Con voz de anuncio.

Dos litros de agua al día y te sentirás mejor... Más ligera, con menos celulitis, y además bajarás de peso y reducirás el colesterol.

*Lleva la botella hacia un macetero y riega con ella una hermosa planta, cuyo verdor contrasta con la decoración minimalista, en tonos oscuros, de la sala.
Le habla a la planta.*

Oye *m'hijita*, no sé por qué siempre somos nosotras quienes salimos anunciando los productos para el estreñimiento, los gases, las pérdidas de orina, la diarrea y la grasa...

Refrescando con agua mineral las hojas de la planta.

Toma, *mamita*...

De repente ríe, recordando.

Si mi abuela Francisca se entera que te riego con agua mineral, es capaz de matarme.

Chica, es que el agua del grifo está malísima. Yo creía que las cañerías sólo estaban podridas allá...

Se acerca al sofá, se quita la blusa y se pone prendas más cómodas. Le va dando traguitos de agua a la botella mientras sigue hablando con la planta.

Apuesto a que las que anuncian en la tele lo saludable que es beber dos litros de agua al día no tienen un trabajo de visitador médico... ¡Estoy segura!

Ya tú sabes que lo habitual en mí es que pase tres horas de pie esperando al doctorcito de turno, y nada, que no aparezca.

“Es que está viendo a un paciente de urgencias”.

“Bueno, no importa, yo lo espero”.

Y sí, lo espero subida en el tacón, de pie, con el maletín.

Paciencia. Bebo un poco de agua.

“Enseguida viene, que está terminando una reunión en la sala de juntas”.

Me aburro, así que le doy a la botella, ¡ni que fuera aguardiente, chica! Y cuando ya estoy que no aguanto más y me orino encima, no falla: aparece el médico delante de mí, como un fantasma... Entonces me toca cruzar las piernas, aguantarme y sonreír, ¡siempre sonreír! Y me digo mentalmente: “Bárbara, no te vayas a mear encima”. Porque eso de las afirmaciones y las visualizaciones dice mi mejor amiga que funciona de lo más bien... En fin, yo no sé si estaré más delgada, pero el control de esfínteres lo tengo desarrolladísimo...

Hace una mueca con la nariz. Mira fijamente a la planta.

No va contigo. No seas susceptible, que te conozco... pero siempre que llego, huele a rancio. Allí jamás olía así al llegar a casa. Olía a comida, a lo que la vieja hubiera conseguido para echar a la olla tras horas haciendo colas. Olía a flores... No sé cómo, pero Mami siempre resolvía para ponerle flores a la Virgen de la Caridad.

Se entristece.

Olía a sal, a mar colándose por todas las ventanas, rodeándonos como a peces de acuario. Porque eso es Cuba: un acuario que se paran a contemplar los turistas, con sus paquetes vacacionales. Pero cuando entro en esta casa no huele a frijoles, ni a flores, ni a mar. Cuando entro aquí me parece que huele a lápida, a cementerio... Y me da mucha lástima que crezcas en esta tumba en vez de en el monte, silvestre, al pie de una ceiba...

Va hacia un mueble y saca una barrita de incienso de un cajón. La huele, despacio, como el que huele un buen vino. Después la vuelve a guardar con cuidado. Camina hacia la cocina, saca un ambientador en spray y pulveriza el salón del apartamento.

Un día le voy a tirar todas las barritas de incienso a la basura... Él no lo sabe, pero se las voy a tirar. Y sus discos de jazz también. Y sus camisas de lino, que ya huelen a alcanfor, y su colección de partituras... No sé cuándo, pero me voy a deshacer de todo. Él se ríe cuando se lo digo. ¡Tremendo descarado! No me cree capaz... Ya va a ver...

*Va hacia un pequeño equipo de música y le da al play. Suena un lánguido disco de jazz.
Mira a la planta y se excusa.*

¡Ay, chica! Un mal día lo tiene cualquiera. Pero te juro qué más nunca me voy a acordar de ese tipo, ya verás... Nada de jazz en esta casa, ¡son cubano!

Bárbara comienza a buscar otro cedé.

¡Alegría!... *pa* atrás ni *pa* coger impulso... ¿Te marchaste? Pues *bye, bye*. Ojalá que te vaya bonito.

Hace un juego de palabras con la letra de José Alfredo Jiménez.

¿Te deprimiste? Ojalá que se acaben tus penas. ¿Te entró el gorrión? ¿Te decepcionaste de España? ¡Que te digan que yo ya no existo, qué conozcas personas más buenas!

Su enfado va en aumento. Se dirige a la planta, irascible.

¡Ay, déjame! ¡No me tires de la lengua, coño, que no quiero hablar!